

15º domingo del tiempo ordinario

12 de julio de 2026

«*Salió el sembrador a sembrar*».



«En el Evangelio de este domingo (Mt 13, 1-23), Jesús se dirige a la multitud con la célebre parábola del sembrador. Es una página de algún modo «autobiográfica», porque refleja la experiencia misma de Jesús, de su predicación: él se identifica con el sembrador, que esparce la buena semilla de la Palabra de Dios, y percibe los diversos efectos que obtiene, según el tipo de acogida reservada al anuncio. Hay quien escucha superficialmente la Palabra pero no la acoge; hay quien la acoge en un primer momento pero no tiene constancia y lo pierde todo; hay quien queda abrumado por las preocupaciones y seducciones del mundo; y hay quien escucha de manera receptiva como la tierra buena: aquí la Palabra da fruto en abundancia.

Pero este Evangelio insiste también en el «método» de la predicación de Jesús, es decir, precisamente, en el uso de las parábolas. «¿Por qué les hablas en parábolas?», preguntan los discípulos. Y

Jesús responde poniendo una distinción entre ellos y la multitud: a los discípulos, es decir, a los que ya se han decidido por él, les puede hablar del reino de Dios abiertamente; en cambio, a los demás debe anunciarlo en parábolas, para estimular precisamente la decisión, la conversión del corazón; de hecho, las parábolas, por su naturaleza, requieren un esfuerzo de interpretación, interpelan la inteligencia pero también la libertad. [...] En el fondo, la verdadera «Parábola» de Dios es Jesús mismo, su Persona, que, en el signo de la humanidad, oculta y al mismo tiempo revela la divinidad. De esta manera Dios no nos obliga a creer en él, sino que nos atrae hacia sí con la verdad y la bondad de su Hijo encarnado: de hecho, el amor respeta siempre la libertad».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 10 de julio de 2011.

Este prefacio dominical, al presentar los motivos de la acción de gracias, se vale de las palabras de Jesús a Nicodemo: *«tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único»* (Jn 3,16). Aquí el amor de Dios se presenta sin poder ser cuantificado: quien escucha estas palabras no alcanza a imaginar cuán grande es el amor de Dios. En ese sentido, lo que hace el prefacio es retomar este mensaje del Señor, releendo su enseñanza en clave de misericordia. Por eso le decimos al Padre, a modo de profesión de fe: *«tu amor al mundo fue tan misericordioso que nos enviaste como redentor a tu propio Hijo»*.

Para Dios, amar con misericordia significa amar incluso a pesar de las miserias del ser humano. Así queda demostrado que la medida del amor divino va mucho más allá de lo que nuestras mentes alcanzan a comprender. Ha sido este amor que se sale de toda lógica y cálculo humano, la razón del envío de Cristo para rescatarnos del pecado y de la muerte. El amor tiene que ser así, lleno de misericordia, para que sea amor auténtico, como tiene que ser el amor que viene de Dios mismo.

De este amor del Padre surge su iniciativa de salvación: enviar a su Hijo para que, asumiendo nuestra condición humana, nos rescatara del dominio del mal y nos hiciera partícipes de su vida divina. En relación con ese designio salvífico, el prefacio nos permite recordar que el Padre quiso que su Hijo fuera semejante en todo a nosotros menos en el pecado (cf. Hb 4,15) para poder amar en nosotros lo que el Padre amaba en su Hijo.

Si el Padre permitió que el Hijo asumiera nuestra condición humana es porque ama a su Hijo eterno y nos ama a nosotros. El Hijo es imagen del Padre y nosotros hemos sido creados a imagen de Cristo. Por eso en nosotros el Padre ve la imagen de su Hijo y espera que nosotros no opaquemos esa imagen. Este es el significado de las palabras del prefacio cuando le dice al Padre: *«en todo lo quisiste semejante a nosotros, menos en el pecado, para poder así amar en nosotros lo que amabas en él»*.

Especialmente el Padre quiere ver en sus hijos la obediencia. Ya en el Antiguo Testamento el Señor reprobó la falta de obediencia como infidelidad a la alianza: *«Pero mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no me quiso obedecer; yo les abandoné a la dureza de su corazón, para que caminaran según sus designios. ¡Ah!, si mi pueblo me escuchara, si Israel mis caminos siguiera...»* (Sal 81,12-14). En este texto vemos que

la obediencia está asociada a la escucha: el que no obedece a la palabra de Dios, en realidad no ha sabido escuchar. Todo lo contrario sucede con el que escucha verdaderamente y toma el camino que Dios le presenta: «*Con tus oídos oirás detrás de ti estas palabras: “Ese es el camino, id por él”, ya sea a la derecha, ya a la izquierda*» (Is 30,21). Por eso tendrá que venir el Mesías a dar testimonio de obediencia.

Cristo sufrió por nosotros dejándonos su ejemplo para que sigamos sus huellas (cf. 1Pe 2,21). Esta afirmación del apóstol Pedro nos debe hacer reflexionar ya que las obras realizadas por el Verbo encarnado en su vida terrena deben ser tomadas por sus discípulos como enseñanzas para ponerlas en práctica en la vida cristiana. Sin embargo, antes de ser una lección de vida, la obediencia de Cristo, como lo indica el título del prefacio, es la fuente de nuestra salvación. Si podemos acceder a la vida eterna es porque Cristo ha sido obediente al designio del Padre.

«Con su obediencia has restaurado aquellos dones que por nuestra desobediencia habíamos perdido». Así profesamos nuestra fe en el Hijo de Dios, obediente hasta la cruz. Su obediencia contrasta con nuestra desobediencia que se remonta a nuestros primeros padres, como lo expresa la carta a los Romanos. Nuevamente hay que reconocer que, por pura misericordia, Dios no nos dejó a merced de las consecuencias de nuestra desobediencia: *«Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca»* (PE IV). Dios no nos abandonó a pesar de no seguir su camino. Todo lo contrario, vino en nuestro rescate y por eso el Hijo, para redimirnos, obedeció a los designios del Padre. De esta manera nos mostró que el camino para volver a Dios siempre será el camino de la obediencia. Dejemos que sea la misma Sagrada Escritura la que nos ayude a contemplar al Hijo de Dios en su obediencia y recordemos los siguientes versículos:

... [Cristo] siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. (Flp 2,6-9).

El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen (Hb 5, 7-9).

En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos. (Rm 5,19).

Textos proclamados – Comentario general a las lecturas bíblicas¹
«La palabra de Dios, semilla cargada de vida»

«Salió el sembrador a sembrar ...» Así empieza la encantadora parábola de Jesús sobre la predicación del Reino de los cielos. Parábola que por ser tan conocida no pierde la belleza de su expresión literaria y de su pedagogía espiritual.

Aquí Jesús se nos muestra como un auténtico maestro oriental que embelesa a la gente con una de esas parábolas, encarnadas en la cultura de su pueblo. Capacidad de observación y de inventiva hacen de esta página evangélica una rendija que nos ayuda a entrar primero en el corazón de Cristo y después en el corazón del hombre.

Ante todo, en el corazón de Cristo. En sus largos años de vida oculta, cuando la palabra que era Él, parecía enterrada en el surco sin dar señales de vida, Jesús iba compenetrándose con la cultura de su gente. Observaba al labrador que a voleo lanzaba la semilla en los campos. Iba quizá de pequeño a ver como a través de los meses de invierno se podía asistir a ese milagro de la naturaleza que es la muerte del grano y su resurrección en un paulatino crecimiento de la mies. Veía que en terreno pedregoso no crecía el grano, pero en la tierra removida por el labrador y mullida por la lluvia crecían vigorosos los trigales.

Cuando tuvo que predicar el Reino, las mil observaciones del tiempo del silencio se convirtieron en palabra humana para transmitir mensajes divinos.

Su palabra, era como una semilla, lanzada a voleo sobre las gentes. Algunos, y Jesús daba gracias por ello al Padre, la acogían con la sencillez de los niños. Otros se resistían como si fueran piedras duras sobre las que rebotaba la semilla. Otros, entusiastas de un día, no abrían de par en par el surco del corazón para que la semilla diera esos frutos que requieren largo tiempo y una especie de compenetración entre ella y la tierra que la acoge. Jesús era el divino sembrador, los corazones de los que le escuchaban, tierras de varia extracción con actitudes muy diversas.

Anunciaba así también libertad. Porque la siembra, la acogida, la maduración, el misterio de la gracia y de la semilla es don de gracia y el fruto son respuestas de libertad. No hay que echarle la culpa al sembrador, por su generosidad en lanzar al

¹ J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Madrid: EDICEP 2010, 136-138.

viento la semilla. Hay que quedarse más bien en atenta actitud de riesgo los que somos tierra, para ver cómo acogernos la Palabra.

Ahora que se habla de nueva evangelización, la parábola del sembrador tiene toda una impresionante actualidad. Nos tenemos que preocupar de echar a los cuatro vientos de nuestro mundo y de nuestra sociedad el mensaje de Jesús, que tiene en sí la fuerza de la vida. Como esa palabra de la que nos habla Isaías, y que es una profecía de Jesús y de su palabra de vida: «no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo». Cuando Jesús, divina semilla y palabra del Padre, sube a los cielos lleva ya consigo la plenitud de los frutos de la redención. Es semilla que lleva consigo la espiga de la Iglesia. Por eso tenemos que confiar en la fuerza de la Palabra y en la acción del Espíritu que abre los corazones como surcos para que sean fecundados.

Pero la Iglesia tiene que hacer todo lo posible por remover los terrenos incultos y áridos, quitar lo que hace de un rincón de posible tierra buena un pedregal, un erial o un manojo de zarzas. No hay nueva evangelización si la Iglesia no abre el terreno duro con el arado del testimonio evangélico de la caridad, del diálogo afable, de la fuerza de santidad de sus evangelizadores. Por eso hoy, quizá más que en tiempo de Jesús, necesitamos trabajar para preparar el terreno, porque da la impresión de que han aumentado los pedregales y las zarzas que cubren la buena tierra de los corazones de los hombres y corremos el riesgo de echar en vano sobre ellos la palabra de la vida.

Sin embargo, y esto confirma la parábola de Jesús, hoy asistimos a un renacer de personas y grupos, de movimientos y comunidades, que se dejan sembrar día tras día escuchando, como nunca quizá en otros tiempos de la Iglesia, la palabra de la vida. De esa plenitud de frutos que hoy vemos en muchos cristianos que viven de la Palabra y mueren hechos palabra evangélica encarnada y cuajada de grano como espiga en flor, nos llega un mensaje de optimismo.

Ojalá seamos todos a la vez en la Iglesia de hoy, terreno bueno que da el ciento por uno y sembradores de la semilla de la vida, que con su testimonio van abriendo el surco de la evangelización y en él depositan, confiando su fecundidad al Espíritu, la palabra de la vida, el mensaje de Jesús.

15º domingo del tiempo ordinario – Textos proclamados
Comentario a las lecturas bíblicas²

«La lluvia hace germinar la tierra»

Lectura del Profeta Isaías 55,10-11.

La palabra de Dios rompe la lejanía, lo acerca al hombre. Es una palabra viva, dotada de poder, de fuerza, de vigor íntimo. Es fecunda. Realiza la salvación que anuncia. El hombre debe secundarla. Si se opone a ella puede hacerla estéril.

«La creación expectante está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios».

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 8,18-23.

El espectáculo del sufrimiento universal de la humanidad y del cosmos mismo, no debe hacer desesperar. Todo ese dolor es el precio de la restauración gloriosa que debe acaecer al hombre y al cosmos. En el v. 18 establece Pablo el principio iluminador: no hay proporción entre el sufrimiento actual y la gloria futura. En el v. 19, la creación misma aparece asociada a la suerte de los hijos de Dios: también ella espera la manifestación de los hijos de Dios. En la actualidad la creación padece un sometimiento duro al desorden introducido por el pecado del hombre. Pero es algo violento. El retorno al orden querido por Dios se describe personificando al cosmos cual si aspirara a una liberación y a una participación en la libertad de los hijos de Dios. La personificación culmina en la comparación de la mujer en parto y sus incontenibles ansias. Pero el que más sufre por el actual desorden es el hombre justificado, el cual, poseyendo dentro de sí el espíritu de vida y del orden, anhela la suprema liberación: la resurrección del cuerpo.

«Salió el sembrador a sembrar».

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 13,1-23

Cristo vino a revelarnos al Padre, comunicándonos su Palabra (Jn 17, 6. 8. 14. 26). La condición previa que se requiere en nosotros para poder recibir esta Palabra es un auténtico esfuerzo que denote sinceridad, ya que en la entrada al Reino de Cristo entra en juego la libertad del hombre. Es preciso preparar el terreno, nuestro surco, para que él pueda sembrar Su Palabra y la sensibilidad a esta Palabra. El grado de compromiso con Cristo condiciona el grado de participación de esta Palabra. Si nos cerramos a él, nunca podremos captar esta Palabra y esta nuestra postura, apoyada por el Maligno, terminará imposibilitándonos el acceso a él y haciéndonos culpables de que él nos haya cortado definitivamente (Jn 15,2).

² SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (España), *Comentarios al leccionario dominical*. Ciclo A, 258-260

15º domingo del tiempo ordinario

12 de julio de 2026

«Salió el sembrador a sembrar».



Moniciones

Entrada

Querida comunidad: Dios nunca deja de sembrar su palabra en nuestros corazones. Además, él espera que seamos tierra fértil y demos fruto abundante. Este es el gran mensaje de este domingo, día de Cristo resucitado, día para participar de la Eucaristía y renovar nuestras fuerzas. Vivamos con fe esta celebración.

Liturgia de la Palabra

En este momento el Señor quiere sembrar su palabra en nuestras vidas. Que nuestros corazones se conviertan en terreno fértil para que esta palabra cumpla con su objetivo de alimentar nuestra fe.

Presentación de los dones

Unámonos a la Iglesia que ahora presenta los dones que van a ser consagrados. La palabra de Dios dará su fruto en el altar pues allí se hace presente Cristo, el Pan Vivo bajado del cielo.

Comunión

Luego de haber escuchado la palabra de Dios y reconocer a Cristo en la fracción del pan, llega el momento de recibir su Cuerpo y su Sangre para que podamos dar frutos de vida eterna. Acerquémonos con fe.

15º domingo del tiempo ordinario

12 de julio de 2026

«Salió el sembrador a sembrar».



Oración universal

Queridos hermanos: La palabra de Dios acaba de ser sembrada en nuestros corazones y su primer fruto es la oración. Por eso elevemos nuestras plegarias al Padre del Cielo por medio de su Hijo Jesucristo y digamos:

R/. *Oh, Señor, escucha y ten piedad.*

- † Roguemos al Señor por *la Iglesia* para que, continuando la obra de Cristo en el mundo, esparza la semilla de la palabra en todo lugar.
- † Roguemos al Señor por *los gobernantes* para que desarrollen sus tareas procurando todo el bien posible para sus comunidades.
- † Roguemos al Señor por *los pobres* para que no les falte el sustento y para que crezca la práctica de la caridad según el Evangelio.
- † Roguemos al Señor por *quienes participamos* de esta celebración para que el Espíritu Santo transforme nuestros corazones en tierra buena, de manera que recibamos la palabra de Dios y demos fruto.

**Padre Santo, que has enviado del cielo a tu Hijo
para sembrar tu palabra en los corazones de tus fieles,
escucha nuestras oraciones por tu misericordia.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.**